

DE BUENAS LETRAS

Hitchcock

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC De la Academia de Buenas Letras

Basta solo escribir su apellido para saber que nos estamos refiriendo al célebre «mago o maestro del suspense». Siempre me ha parecido que esta etiqueta comercial confina la obra de Hitchcock (1899-1980) en una vulgar caja de zapatos, mermando su auténtica dimensión en la historia del arte y la cultura contemporánea. Él mismo definió el suspense en la célebre entrevista con Truffaut. Allí expresaba con claridad lo que ya sabemos, que es un mero recurso dramático tan antiguo como utilizado, un truco de guion por medio del cual el espectador tiene una información que el personaje ignora. Ello motiva en el público un evidente desasosiego que lo fusiona aún más con aquello que contempla. Muchísimos cineastas lo han utilizado de forma ejemplar.

La maestría y la magia de Hitchcock van más allá de esto. Guardando siempre una lógica narrativa impecable, lo que realmente le satisface es manipular las emociones del espectador (así lo ha manifestado él mismo), bien filmando los besos más irreales ('Vértigo') o dirigiendo los sentimientos a su gusto, hasta remover inesperadas zonas de nuestra conciencia. Este es su permanente 'McGuffin'. En 'Psicosis' nos atemoriza el policía que interroga a Janet Leighen la carretera o, lo que es peor, podemos

empatizar asombrosamente con el asesino, mientras limpia el escenario del crimen con un escrúpulo que espanta. Lo mismo que nos inquieta que el coche que oculta a la víctima no se hunda en el pantano con la celeridad.

Hitchcock quería siempre sorprender e innovar, desde el punto de vista estilístico o argumental. Utilizaba la puesta en escena con la misma libertad que si fuera una estilográfica que rellena esa gran página en blanco que es la pantalla. Fue un creador de imágenes insuperable. Un solo plano de 'Los pájaros' equipara, acaso por su educación católica, la mirada del cineasta con la de Dios. Se trata de una angulación imposible, una vista aérea. La cámara pende inmóvil para que contemplemos, desde el cielo, el infierno en que se ha convertido Bahía Bodega, a la vez que entran en campo unas amenazantes gaviotas. La absoluta voluntad creadora de Hitchcock es capaz de concebir dos de los finales más inquietantes y abruptos de la historia del cine: el de 'Vértigo' y el de 'Los pájaros'. «¿Y ahora qué...?», se pregunta el espectador que ha permanecido ante la cinta sin parpadear. Al salir de la sala, ignora que esas imágenes ya forman parte de él, inoculándole un extraño virus o reposando en su interior igual que un sacramento.